

JOSÉ LUIS ROCA

UNA VOZ ESPECIAL EN LAS LETRAS ANGLOSAJONAS

Mitchell, en las nubes

Los 'nerds', amantes de la ciencia ficción y lectores de literatura fantástica, hicieron del británico David Mitchell un autor de culto. Casi una década después de su aparición, su obra maestra, que los Wachowski llevaron al cine, triunfa en este país.

POR **ELENA HEVIA**

David Mitchell ha terminado por acostumbrarse a que su nombre preceda a la coletilla el autor de 'El atlas de las nubes'. «**Me siento como un profesor emérito que ya no da clases pero que no acaba de dejar el campus**», asegura en relación con su fama. Lo hace vía internet desde su retiro irlandés en el condado de Cork. Pero Mitchell (Southport, 1969) nada tiene de vejstorio. Hace una década la revista *Granta* lo situó en el exquisito pelotón de los jóvenes escritores ingleses a los que había que seguir sí o sí, y eso que todavía no había publicado la obra por la que sería unánimemente admirado. *El atlas de las nubes* apareció en el 2004.

Con su compleja y enloquecida estructura como una construcción de Piranesi, esa obra es el perfecto artefacto para enganchar a cualquier joven a la lectura: el resultado de una rara alquimia de novela histórica, aventuras y ciencia ficción en la que pueden rastrearse ecos de Murakami, Umberto Eco y Philip K. Dick. Si a eso se le suma que los hermanos Wachowski y Tom Tykwer se atrevieron a abordar la adaptación de lo que todo el mundo consideraba una novela inadaptable, tendremos los mimbres perfectos para una novela de culto. En España el éxito ha tardado un poco en llegar. No le hicieron mucho caso los lectores cuando la publicó Tropicmos hace unos años, pero se está consolidando en Duomo, donde suma ya tres ediciones.

Como en un espejo

Explica Mitchell cómo el kilómetro cero de su novela fue la lectura de *Si una noche de invierno un viajero*, de Italo Calvino: «**Me quedé un poco perdido con aquel libro buscando el desenlace de las historias que finalmente no existe**». De ahí que se le ocurriera una compleja estructura especular –pero de fácil lectura– para concluir las seis tramas que se desarrollan desde el siglo XIX hasta un futuro de ciencia ficción: «**Es como si una carcoma se dedicara a devorar un juego de muñecas *matrioskas* de fuera hacia adentro y luego de dentro hacia afuera**».

JUAN MANUEL PRATS



El escritor británico David Mitchell, en su última visita a Madrid, en el 2011.

«Siempre hay algo de antropólogo en uno cuando se encuentra en un país extranjero»

Aunque la película no funcionó bien en taquilla, el escritor defiende el resultado: «**Tuvo críticas muy buenas y muy malas, nunca tibias, así que es fácil que su consideración a largo plazo sea convertirse en objeto de culto. De momento, recuperó el dinero invertido, lo que para una película cerebral, nada convencional y cara es todo un logro**».

Mitchell fue un niño enamorado de la ciencia ficción que en pleno thatcherismo creció en un pueblo fangoso cercano a Liverpool. Buena parte de las experiencias de esa época alimentaron *El bosque del cisne negro* (otra de sus novelas, también en Duomo), en especial sus problemas con el lenguaje. Mitchell padece tartamudez, algo que él considera poco menos que una bendición porque está convencido de que la voz interna de un tartamudo es mucho más fluida. «**La tartamudez trae consigo un vocabulario ex-**

tenso y musculoso, porque una estrategia básica para su manejo es encontrar rutas alternativas alrededor de las palabras y ejercitarse bien con los sinónimos». Así, chico de clase media en un entorno de clase obrera, Mitchell aprendió pronto a no ser redicho, especialmente con las palabras que se le resistían, so pena de recibir una paliza. «**Ser tartamudo fue un precio caro para estas lecciones pero ahí están**».

Esposa japonesa

Ya adulto, Mitchell escapó a Japón como profesor de inglés. Allí consolidó su vocación de escritor y conoció a la que hoy es su esposa, Keiko, madre de sus dos hijos. Ese universo de extrañeza también alimentó otra de sus celebradas novelas, *Mil otoños*, y puede rastrearse como sentimiento en buena parte de sus novelas. «**Todos nos sentimos extraños en este mundo sorprendente. Pero creo que siempre hay algo de antropólogo en uno cuando se encuentra en un país que no es el suyo. Además, los novelistas tienen que alimentar su antropólogo interior**».

Tras el periodo japonés, Mitchell trasladó a toda su familia a Irlanda. Define Clonakilty, el pueblo en el que vive –«**especialmente bello cuando brilla el sol**»–, como el lugar neutral ideal para un matrimonio mixto. «**Así ninguno de los dos podemos quejarnos de los insignificantes problemas de la vida cotidiana**».

En esa vida familiar tiene un lugar especial uno de los hijos de Mitchell, aquejado de autismo. Un tema complejo y delicado como para que en el futuro se convierta en material novelístico: «**Él tendría que darme permiso y yo, bueno, yo tendría que tener conocimientos más profundos sobre el tema**». De momento, los ha buscado en las memorias de Naoki Iwashida, un adolescente japonés también aquejado de ese síndrome, que su esposa y él han traducido al inglés. «**Es un libro maravilloso que me ha ayudado a impulsar mi relación con mi hijo**».

Y mientras llega el libro sobre el hijo, Mitchell aborda su sexto trabajo que acabará a finales del verano. En él lo fantástico y posmoderno quedarán desterrados. «**Ahora solo quiero escribir bien. Chéjov es mi héroe**». ≡

–En España, la Conferencia Episcopal trata de influir en la política. ¿Qué piensa Bergoglio sobre la separación de poderes?

–Él dice que hay que hacer política, pero nunca partidaria, que sería apoyar a un determinado partido o a un determinado sindicato. La Iglesia, eso sí, tiene que hacer labor pastoral. Y denunciar una injusticia es hacer política.

–Usted es una persona religiosa. Si no lo hubiera sido, ¿Bergoglio le hubiera concedido las entrevistas?

–No me preguntó mis creencias. ≡